

arbitrios dando lugar a que se extendieran las actividades de los consumistas que alcanzaron su mayor prosperidad, punto difícil para todo hombre y más para un temperamento como el de Juanillo y sus amigos Estrella y Brocha que también habían llegado a su momento de mayor holgura económica e iniciaron una época de diversiones y holganzas que fue motivo de la decadencia de todos ellos y Juanillo se vió mal al fin para liquidar los consumos, siendo el que quedó peor, cosa natural dado su carácter.

En estos ajustes de cuentas hubo de recordar a sus compañeros de arbitrios que todos habían disfrutado como él y que una noche que no estaba para acompañarlos, fueron a sonsacarlo y le pudo costar la vida con el torero Larita. Este incidente, que no pasa de ser un alarde tabernario en un antiguo café de camareras, ofrece la particularidad de recordar lo soterrados que discurren los sentimientos humanos.

En la Plaza, de lo que más se alardeaba era de tener y por eso Juanillo, placero de pura sangre, tenía la cartera siempre a la vista y lo que no era la cartera porque una mañana al llegar se pusieron a fanfarronear y para demostrarle a Estrella que tenía más que nadie y que no le daba importancia al dinero, se quitó las botas y llevaba un billete grande de plantilla en cada una. Otra vez, estando en el servicio su sobrino Heliodoro fueron a verlo en uno de sus viajes de toros y diversión, los tres amigos y el entonces co-

ronel Sanjurjo que lo era del regimiento donde servía Heliodoro, y en el café de San Millán, nunca escaso de chulapas, salieron a relucir los billetes enseguida, siendo Juanillo el primero y el que más se distinguió y así pasó en Alcázar la noche de Larita, pero este se lanzó diciendo:

—El mío es el primero

Y le prendió con una cerilla a un billete de mil, tan escasos entonces.

Juanillo comprendió que había llegado el momento de jugárselo todo y se calló, Larita le increpó y humilló y Juan prefirió irse a su casa silenciosamente. Ese quebranto de Juanillo es lo que más eco dejó de toda su vida, demostrando que en el fondo de la admiración hacia él había un secreto deseo de anularlo y se celebraba en silencio, pero con regocijo íntimo, que un forastero bravucón le hubiera agachado las orejas en un momento de borrachera, sin que nadie se hiciera solidario con el que tan generosamente se había desvivido por todos a lo largo de su vida.

Para arreglar sus cuentas, dispuso por entonces Juanillo de algunos de sus bienes y perdió gran parte de su prestancia, hallando en su tercera esposa el apoyo y el consuelo que el hombre de lucha necesita siempre en los instantes adversos y que solo la mujer puede darle cuando le quiere y vela por él.

Después tuvo algunos instantes de rehabilitación y tal vez estaba en mejores condiciones de lograrla, pero había perdido el factor principal del triunfo que es la ilusión, el placer de luchar, el juego por el juego mismo y en las vacilaciones impuestas por la experiencia y el decaimiento que acarrea el desengaño, le sobrevino la muerte, con la cartera y por la cartera reventando de billetes todavía y dispuesto a irse a Marsella a por un cargamento de huevos.

En las sumas y restas de esta vida surgida y modelada en la Plaza, -y el que a lo suyo se parece honra merece-, hay que reconocer su arrogancia, su generosidad, su bondad, su decisión. Pese a todo no fue cobarde, ni egoísta, ni vago.